

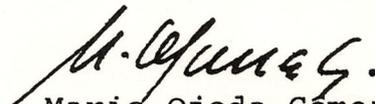
5 de marzo de 1981.

Sra. Lic. Luz de Lourdes de Silva
Jefe del Departamento de
Relaciones Públicas
P r e s e n t e

El próximo martes 10 de marzo, a las 14 horas, se celebrará un pequeño acto de homenaje a la memoria de Don Daniel Cosío Villegas, con motivo del quinto aniversario de su fallecimiento, que tendrá lugar en el Panteón Jardín de esta ciudad.

En virtud de lo anterior ruego a usted encargarse de que se publique en la edición del diario Excélsior correspondiente al próximo lunes 9 de marzo, un aviso que sirva de recordatorio a los amigos y discípulos de Don Daniel que se interesen en asistir al acto, conforme al texto que envío a usted con el presente.

Atentamente,



Mario Ojeda Gómez
Coordinador General Académico

c.c.p. ✓ SR. Lic. Miguel Espinosa
Contralor Administrativo
P r e s e n t e

MOG/rev

México, D.F., marzo de 1981.

Para conmemorar el quinto aniversario del fallecimiento de

DON DANIEL COSIO VILLEGAS

sus amigos y discípulos nos reuniremos, como en años anteriores, en torno a su tumba (Panteón Jardín, Sección 1-A, Explanada Balcón 3, fila 4), el martes 10 de marzo a las 14 horas.

Los señores Víctor L. Urquidi y Enrique Krauze han aceptado pronunciar unas palabras en esta ocasión.

Atentamente,

LA COMISION

México, D.F., marzo de 1981.

Para conmemorar el quinto aniversario del fallecimiento de

DON DANIEL COSIO VILLEGAS

sus amigos y discípulos nos reuniremos, como en años anteriores, en torno a su tumba (Panteón Jardín, Sección 1-A, Explanada Balcón 3, fila 4), el martes 10 de marzo a las 14 horas.

Los señores Víctor L. Urquidi y Enrique Krauze han aceptado pronunciar unas palabras en esta ocasión.

Atentamente,

LA COMISION

Por quinta vez consecutiva, nos reunimos en torno al recuerdo de Don Daniel Cosío Villegas para rendirle homenaje. A muchos no les parece bien evocar los recuerdos y menos rendir homenajes. Personalmente creo lo contrario. Hoy, como en ocasiones anteriores, los recuerdos dan pie a la reflexión y el homenaje constituye una prueba más de la vigencia de los proyectos culturales emprendidos por Don Daniel.

En años anteriores se han recordado numerosos aspectos de la vida y obra de Don Daniel. Hoy, quisiera referirme a uno de los frutos de esa vida: El Colegio de México. La razón es muy sencilla: mi contacto personal con él fue de última hora y por consiguiente el conocimiento de su personalidad es fruto de la conversación con sus discípulos directos y de la lectura de sus obras y de su biografía. En esta forma se han precisado los contornos del caudillo intelectual y del empresario cultural. Con estos trazos, Enrique Krauze dibujó la imagen que pueden poseer todos aquellos que no tuvimos la oportunidad del trato directo y del trabajo cotidiano con Don Daniel.

El concepto de caudillo se asocia con el de carisma y con el de fe. El de empresario, con racionalidad y constancia. Estas virtudes no son fáciles de encontrar en una sola persona y menos después de un periodo de cambios y sacudidas, como fue el que le tocó vivir en sus primeros años. El dilema para muchos de la generación de 1915 y de las anteriores, como la de Vasconcelos, fue expresado por Manuel Gómez Morín, al terminar sus estudios en 1919:

En cuanto a mi porvenir vacilo entre dedicarme a ser rico, navegando en los negocios con bandera de pendejo, la única que salva en este oficio, o lanzarme a profeta de un nuevo mundo, alumbrado por el sol de la República Socialista de los Soviets, cuya organización, tendencias y procedimientos me han cautivado.

En los años veintes unos fueron profetas efímeros; otros, iniciaron sus carreras en la política y en la administración pública y, los más, se dedicaron a los negocios. Los intelectuales cometieron, como dice Rafael Segovia, el pecado de orgullo y soberbia al pretender que la inteligencia podía imponerse siempre, en cualquier circunstancia y contra cualquier hombre. En esos años el terreno aún no estaba preparado para la siembra de cualquier empresa cultural. Sin embargo, el país cambió y comenzaban a perfilarse otras posibilidades. En 1930, Don Daniel se planteaba ya un dilema muy diferente al de Gómez Morín:

Nuestra generación ha muerto para todo lo que pueda significar cambio y reforma. Las dos únicas cosas que cabe hacer, son: por una parte, sumirse en la obscuridad lo más posible para que las maldiciones de los nuevos lleguen menos y, por otra, estudiar y escribir lo más que se pueda.

Aquí se apunta ya la fundación del Fondo de Cultura, La Casa de España y El Colegio. Estudiar, escribir, publicar. Toda una empresa integrada. Para su realización se requería del caudillo y del empresario. Fé en el país, en él mismo y en la importancia del trabajo intelectual; carisma para arrastrar a otros en la empresa; capacidad para organizar y distribuir las tareas y tenacidad para asegurar la permanencia.

Don Daniel lo logró. Hace solamente algunos días, el Fondo de Cultura publicó alentadores resultados de su operación en los últimos dos años, después de periodos económicamente difíciles que pusieron en peligro su existencia. El Colegio también ha sorteado diversas pruebas y continúa su labor. Dicen que Don Alfonso Reyes comentaba que Don Daniel quería una "escuelita" y la tuvo. Es más,

las "escuelitas" se han multiplicado y ha surgido El Colegio de Michoacán, el del Bajío y el de Sonora y todas nacieron emprendiendo programas docentes. Don Daniel quería que El Colegio creciera y para ello construyó el edificio de la calle de Guanajuato. Quedaron atrás las viejas casonas con tonos pintados por López Velarde o González León. Posteriormente, el edificio de la calle de Guanajuato fue substituído por el del Ajusco. Y no se trataba de un querer crecer voluntarioso, sino de responder a una exigencia. El país creció a partir de 1940, año en que se funda El Colegio y éste crece con el país. No haberlo hecho, como resultado de un acto deliberado y conciente, hubiera sido un proceso involutivo, contra natura, que hubiera terminado en un estado catatónico.

El problema, más que crecer, es cómo y con quien. Y creo que la respuesta puede encontrarse en el estilo personal de Don Daniel que impregnó a El Colegio y, hablo de estilo, porque éste no se transmite en leyes y reglamentos minuciosos, sino en un código no escrito de actitudes y comportamientos que unos lo adquieren porque poseen, ante todo, una actitud semejante ante la vida y otros definitivamente lo rechazan.

La primera vez que Don Daniel se presentó a El Colegio después de haber dejado la presidencia fué, si mal no recuerdo en 1964, para dictar una conferencia. Para la mayoría de los alumnos de la segunda generación de estudios internacionales, recién llegados a El Colegio, constituyó la primera oportunidad de verlo personalmente. La impresión fue la de un inglés, tanto por su atuendo como por sus actitudes, impresión que confirma Enrique Krauze al llamarle "Un británico de México".

Este aspecto británico impregnó la segunda etapa de vida de El Colegio, o sea, la de los que ingresamos en los años sesenta. A semejanza de la Gran Bretaña, no existía una constitución escrita. No en balde el primer reglamento general de la institución se aprobó solamente en 1970 y aún faltan numerosos reglamentos especiales. Esto no implicaba, en esa época como ahora, que no hubiera reglas de juego y de comportamiento muy claras. Todos sabíamos cuáles eran y se acataban, como en un club de caballeros. Este era el estilo personal de Don Daniel.

El Colegio ha cambiado, sus formas de autoridad también. De la autoridad carismática del caudillo se ha evolucionado a la burocrática más propia del empresario cultural. Lo importante en este tránsito es conservar vivo el es - píritu y el estilo que Don Daniel infundió a la institución y que constituye su fuerza. Hay que evitar rigideces innecesarias, demagogias baratas que esterilizan e incluso matan el entusiasmo por estudiar a México a fín de conocerlo y, en esta forma, contribuir a su plena realización como país. Esta fue la preocupación central de Don Daniel.

Si las reflexiones de la Dra. Vázquez y éstas estimulan un diálogo amplio sobre la naturaleza y fines de El Colegio, entonces los recuerdos y los homenajes cobran sentido.

México, D. F., marzo 10 de 1982.

Carlos Arriola

Fue una tarde del mes de octubre de 1960 cuando ví por vez primera a don Daniel Cosío Villegas en la vieja casona que ocupaba por entonces El Colegio de México en la plaza Río de Janeiro. En mi recuerdo, a la silueta alta y cargada de hombros se une la impresión de aquellos ojitos hurgadores y burlones que tanta desazón causaban en sus interlocutores, pero domina la sensación definitiva de estar frente a un hombre singular, fuera de serie. Después, lo seguí viendo en forma regular hasta la semana en que murió. Disfruté de aquellos cafés, en la mesa redonda del segundo piso del edificio de la calle de Guanajuato, una que otra comida en La Lorraine, en el Centro Gallego y en el Prendes y padecí sus comentarios en reuniones académicas y seminarios. Todo eso me convirtió en alguna forma en su discípula, aunque no lo fuera formalmente. No obstante ¡qué difícil decir algo sobre don Daniel! Una, porque lo importante ha sido dicho; otra, porque a pesar de ello, parece que una buena parte del hombre que fue, parece habersele escurrido a todo el mundo, tal como lo hizo ante sí mismo en sus Memorias, autobiográficas sólo en lo que se refiere a sus años formativos, ya que el resto resulta más bien una reseña analítica de la vida de las instituciones que creó y de la del país que amó tan entrañablemente.

Al tratar de preparar mis palabras para este aniversario, no pude menos que sorprenderme el que, a pesar de todos los cambios que se han sucedido en estos seis años en que ha estado ausente, el vacío que dejara siga siendo tan grande tanto en el gremio

y El Colegio, como en el país en general. Ya no le tocó presenciar la crisis del 76, ni la euforia de la riqueza petrolera, ni el triste despertar a nuestras realidades. Y cuánta

falta nos han hecho sus juicios certeros, preñados de sentido común. Cuánto echamos de menos sus apreciaciones centradas, expresadas con valor y sin miedo a las palabras. Desde su singular perspectiva de economista, politólogo e historiador, seguramente su voz hubiera sonado a esperanza en momentos difíciles y a advertencia en los de absurda euforia, pues con la memoria de buen historiador nos hubiera recordado que ya habíamos sido ricos dos veces en el pasado y no habíamos resuelto nuestros profundos problemas porque, por desgracia, no existen soluciones fáciles.

Muchas veces he recordado cómo en los críticos meses del 68 su voz resonó clara y valiente, sin importarle que a menudo no estuviera de acuerdo con las voces que hacían ruido. Y durante los quince años que le traté, admiré siempre aquella su peculiar conducta en que destacaban mezclados y unidos, el sentido crítico, el humor y la austeridad.

Don Daniel practicaba la crítica naturalmente y en todo momento, lo mismo a la hora del café, que en el aula, en el seminario de investigación o en la presidencia de El Colegio de México. Y el saber que a su fino juicio crítico no se escapaba nada, nos obligaba a todos, amigos, discípulos o colaboradores, a esforzarnos y a evitar superficialidades.

Nos acostumbró además, a recibir la crítica con naturalidad y como un medio necesario para mejorar todo trabajo y a evitar los errores. Y a este ejercicio crítico constante le deben mucho lo mejor de la docencia y la investigación en El Colegio de México, pues la suya era una crítica constructiva, que quería enseñar o corregir y que a pesar de expresarse con austeridad, escondía sutiles maneras de dar aliento, porque sin duda, don Daniel respetaba ante todo el trabajo. Y toda

esa conducta lo hacía un maestro casi involuntario, lo que explica que con un equipo heterogéneo de colaboradores pudiera constituir el mejor taller de historia que hemos tenido. Y es que su crítica no se expresaba en forma descarnada, sino generalmente por medio de la ironía o del humor. Y este tinte especial hacía gratas sus conferencias, sus escritos y su charla, por más que casi siempre fuera seria. Claro está que ironía y humor lo hicieron temible para muchos, pues su don de detectar el lado ridículo de muchas situaciones, metido a crítico político, lo hacía peligroso.

La austeridad fue otra característica que noté en su conducta. Le chocaba lo superfluo, lo innecesario. De acuerdo a esa austeridad, lo único esencial para la vida académica era una buena biblioteca y profesores y alumnos de tiempo completo, receta que ha probado su eficacia cuando se ha puesto en práctica a la letra. Y después de algunos años de expansión, podemos calibrar las virtudes de una mayor austeridad, en que se evitaba lo que distrajera de las verdaderas metas. Importaban los libros, los microfilms, las publicaciones y las becas, no las novedades. En todas sus empresas lo que le dio el éxito fueron la imaginación, el trabajo sólido, el adelantarse a su tiempo, el compromiso con sus ideas.

No se si comprendí bien su sueño, pero en muchos de los momentos difíciles su recuerdo me ha servido de aliento y esa es una de mis deudas con el hombre que fue, el que hoy nos une para recordarlo. Don Daniel Cosío Villegas, en este 10 de marzo volvemos a decir ¡presente!

Josefina Zoraida Vazquez

1981

El DIA

11 - MARZO - 81

109 (2)

Acto luctuoso en el quinto aniversario de la muerte de Daniel Cosío Villegas

Ayer fue recordado en un sencillo acto el historiador mexicano Daniel Cosío Villegas en el quinto aniversario de su fallecimiento.

La ceremonia, efectuada ante su sepulcro en el Panteón Jardín reunió a la familia y a un numeroso grupo de amigos del desaparecido.

El director de El Colegio de México, Víctor L. Urquidí al dirigir unas palabras a los asistentes señaló la gran pérdida que representa Cosío Villegas para la vida intelectual del país. Cuando habló de la personalidad del que fuera fundador del propio Colegio de México y del Fondo de Cultura Económica mencionó su profunda sensibilidad humanística y amplia visión del proceso histórico mexicano.

Dijo Urquidí que el aporte cultural de Cosío Villegas es invaluable, sobre todo por lo que respecta a su obra acerca

de la Revolución Mexicana y de la vida política de las últimas décadas.

El director de El Colegio de México se refirió asimismo a la inigualable perspectiva del historiador para anticipar hace muchos años la necesidad de la creación de especializaciones académicas dentro del El Colegio de México, que ahora rinden grandes beneficios a la comprensión de la problemática social mexicana luego de su implementación, tales como la de economía y demografía.

En otro momento Urquidí comentó que el aporte de Cosío Villegas es igualmente amplio en el fomento a los estudios internacionales en esa institución. Así, fue a través de su infatigable labor que se crearon los centros de estudio de Asia y Africa que son ampliamente reconocidos en el mundo entero.

9 de marzo de 1981.

Sr. Lic. Miguel Espinosa
Contralor Administrativo
P r e s e n t e

Ruego a usted dar sus instrucciones para que se expida cheque a nombre de Florería Magnolia, S.A., por la cantidad de \$1,200.00, con cargo a la partida Programa de apoyo 07, por concepto de la ofrenda floral que se enviará mañana al Panteón Jardín.

Atentamente,



Mario Ojeda Gómez
Coordinador General Académico

/rev

PALABRAS DEL SR. VICTOR L. URJIDI EN OCASION DEL
QUINTO ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE DON DANIEL COSIO VILLEGAS

México, D.F. 10 de marzo de 1981.

Al darme cuenta de que pronto se cumplirían los primeros cinco años de la desaparición de don Daniel Cosío Villegas, tuve que hacerme varias reflexiones. La primera -claro, como diría él- es que no se había tratado de un largo viaje al extranjero al cabo del cual reanudaríamos las amenas conversaciones en su casa, o de los lunes con compañeros de El Colegio de México, o leeríamos de nuevo sus agudos artículos. Me fue necesario tratar de comprender lo que han sido cinco años desde aquella noche en que fuimos llamados con la infausta noticia.

La segunda reflexión tiene que ver con nuestra memoria de don Daniel. Los años pasan y, aparte los muchos recuerdos personales y la conciencia de él en su calidad humana, empieza a destacarse cada vez más su figura como intelectual, como maestro, como autor a quien es necesario leer y releer. No creo que una conmemoración como ésta debiera irse por el lado de lo sentimental, ni pienso que a él le hubiera gustado. Muy a la británica --característica que su biógrafo Enrique Krauze ha destacado en uno de sus aspectos, y que yo creo poder avalar en otros más personales--, los sentimientos pueden guardarse. Doña Emma, Emita, Gustavito y otros familiares, y no pocos amigos, como yo mismo, sabremos tenerlos y contenerlos. Todo tiene su lugar y su momento.

La tercera reflexión es que, para ser congruentes con el sentir de don Daniel y con su consideración de sí mismo, a la que hay que tener el mayor respeto, no debiéramos ponerlo sobre un pedestal para admirarlo fríamente, sino que debiéramos considerarlo como parte de todos nosotros y como parte de un momento histórico extraordinario de nuestra nación. La lectura de la biografía de Krauze, para quienes no conocimos al joven don Daniel de los años veinte y su tosudo período de formación hasta mediados los años treinta, nos revela al hombre de calidad poco común, ya preocupado con lo que hoy se

llamaría el "proyecto nacional" de México, y capaz de intuir y entender, además de estudiar, los múltiples aspectos -sociales, económicos, políticos, humanísticos- de la vida y el devenir de los mexicanos. ;Qué extraordinaria preparación adquirió don Daniel, no por la vía formal de los doctorados sino escogiendo él sus campos, yendo a abreviar en ricas fuentes y siguiendo la secular práctica del estudio por esfuerzo propio! No niego, por supuesto, la influencia de otros maestros bien conocidos; pero hay que admitir que don Daniel no era cualquier discípulo sino, además, un maestro de sí mismo.

Estas cualidades sin duda se reflejaron en mucho de lo que hizo en su etapa madura, no exenta de alguna ambigüedad en cuanto a objetivos, como debe presentársele a todo mexicano bien nacido: el dilema de la actuación para cambiar a la sociedad -sujeta al ambiente barroco y hasta surrealista de la vida política mexicana- y la dedicación seria, profesional -de "tiempo completo", como también diría don Daniel- al pensamiento para la acción, al análisis histórico (en el más amplio sentido de la palabra) y a la previsión del futuro que nos va alcanzando implacablemente. La falta de un medio académico adecuado en México la suplió don Daniel con grandes empresas en el terreno cultural. No voy a citar su visión como editor cultural, que conocí de cerca -los resultados están a la vista. Tampoco voy a referirme a su paciente y a la vez apasionada tarea como historiador del México moderno que ha dejado una huella imborrable. Quisiera decir algo sobre la experiencia que, al cabo del tiempo, he tenido más cercana: El Colegio de México.

Los orígenes de El Colegio están, creo yo, no sólo en lo inmediato de su preocupación por rescatar a fines de 1936 a los universitarios y otros intelectuales de la República Española, en beneficio de ellos mismos y de México, sino también en su concepción amplia -¿diríamos hoy "multidisciplinaria"?- de la ciencia y las humanidades. Este era un camino que él mismo había recorrido en escala modesta. El México moderno iba a necesitar no exclusivamente instituciones universitarias multitudinarias, con todas las especializaciones posibles, pero también centros de altos estudios,

capaces de generar y multiplicar maestros, tanto en el terreno del pensamiento humanístico y social por sí mismo, como en el de su aplicación a los graves problemas que la Revolución Mexicana había puesto al descubierto y que tantas experiencias internacionales de la época -y la crisis económica de 1929 a 1933, y el desorden político de Europa no fueron las únicas- ponían de relieve sin solución a la vista. Cuando regresé de estudiar Economía en Inglaterra, durante los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, pensaba ingenuamente que en alguna universidad mexicana encontraría el ambiente académico al que mi formación me había acostumbrado. Por más esfuerzos sinceros que hice, no lo encontré -hasta el día en que descubrí El Colegio de México, donde don Daniel, generosamente apoyado por don Alfonso Reyes, y eficazmente auxiliado por el profesor José Medina Echavarría, de la emigración española, fundó un Centro de Estudios Sociales -tan multidisciplinario que tenía cabida en él un economista- y puso en marcha seminarios que nos acercaron a la realidad latinoamericana (que él conocía) y a las previsiones para la postguerra (en las que todos éramos unos niños en pañales, pero ávidos lectores de lo que se publicaba en otras partes). Allí en El Colegio se forjó un ambiente, desde luego modesto, que obligaba a considerar el conjunto de los problemas y su interrelación. Al mismo tiempo, seguían con empuje tareas especializadas en materia de historia, lingüística, filosofía y literatura.

Por diversas razones me desligué de El Colegio -pasando por alto una opción que me ofrecía don Daniel de dedicarme a la historia económica de México- hasta 1960, cuando él echaba a andar el área de estudios internacionales nuevamente interdisciplinaria y enfocada a la problemática mexicana, y sembraba la semilla del hoy Centro de Estudios de Asia y Africa. Poco después, con decidido respaldo del Banco de México, don Daniel y varios otros convencidos como él de la necesidad de profesionalizar ciertos estudios, lanzamos a la vida el programa de postgrado en Economía de El Colegio. No fue poca mi sorpresa, sin embargo, cuando don Daniel añadió a la Economía la Demografía, por considerar que México requería su estudio sistemático y la formación de demógrafos. Yo había escrito mi primer trabajito académico, como estudiante en Londres, sobre

sobre un tema de población. Sin embargo -ejemplo de la enajenación de los estudios en el extranjero- no habíam reparado suficientemente en los problemas de la dinámica demográfica de México. Los argumentos de don Daniel fueron contundentes: el crecimiento rápido de la población de México tendría consecuencias incalculables en todos los órdenes y, a su vez, no sería independiente de lo que se lograra en otros campos. Y pusimos manos a la obra. No creo que hasta ahora se le haya reconocido a Daniel Cosío Villegas esa clarividencia, ni la significación del fuerte impulso que dio a esa rama de estudios, hoy fundamental en el debate sobre el futuro de nuestra nación.

Después de 1962, don Daniel se dedicó casi totalmente a la terminación de su magna obra histórica, a sentar las bases de otro proyecto que él promovería y revisaría -el de la Historia de la Revolución Mexicana (nuevamente interdisciplinario)- y a su período final de escritos sobre la vida política contemporánea de México. Tal vez no fueran de su gusto algunas de las actividades desarrolladas por El Colegio de México en los años sesenta y los setenta, ni la dimensión que El Colegio adquirió poco a poco. El Colegio asumió su propia dinámica, y en ella siempre tuvo espacio la aportación y aun la crítica de don Daniel. No alcanzó a ver terminado el prodigioso edificio del Camino del Ajusco, pero en un recorrido que hicimos juntos se dio cuenta del enorme volumen que surgía aun desde los cimientos, en contraste con las casitas de Sevilla, Nápoles y la Plaza Río de Janeiro, tan nostálgicas para algunos, y el elegante edificio de Guanajuato que él mismo levantó. "Victoriano -me dijo, y para él ése era mi nombre, no por lo que ustedes imaginan sino por la era victoriana de Inglaterra, que tal vez él consideraba acorde con su pensamiento liberal- a ver cómo le hace usted con esta obra".

La respuesta, cualquiera que sea el juicio particular de muchos, está en lo que él hizo por El Colegio y en El Colegio: formar una comunidad académica responsable, abierta a la discusión, siempre en busca de la verdad, libre de prejuicios, atenta a la realidad nacional e internacional, capaz de competir con centros académicos de otros países. Esa es la obra de El

Colegio y de don Daniel Cosío Villegas. Nuestra Biblioteca lo conmemora para siempre. Su relieve en mármol nos da calor y energía, a estudiantes, a profesores e investigadores, para consolidar la institución y seguir adelante, sin desviaciones. Sus obras escritas nos seguirán inspirando. Su espíritu crítico no dejará de alertarnos en contra del conformismo. Su visión profunda estará siempre presente, como hoy a los cinco años, como después cuando su figura continuará agigantándose.